

1. Et in Arcadia ego

Allá por el XIX, casi en los finales, rondando la medianoche, un joven cuáquero de Arcadia, condado de Hamilton, Indiana, se entretiene destilando arándanos salvajes con puré de maíz mientras susurra para sí el versículo 27 del capítulo 5º de la epístola de san Pablo a los efesios. Esa misma mañana ha experimentado una fuerte conmoción en los testículos y una erección imponderable¹ escuchando a la evangelista Mary Jane Taylor, de tan solo quince años, natural de Rushville, condado de Rush, describir minuciosamente la “doctrina de la entera santificación”o, lo que es lo mismo, que todo cristiano dedicado en cuerpo y alma al movimiento de santidad está, por ello, libre de pecado. No es que la Mary Jane sea un dechado de virtudes, pues bizquea un poco y suele guiñar ambos ojos con sincronía, en especial cuando quiere acentuar alguna idea. Sin embargo, posee un indiscutible carisma para la prédica y dos pechos voluminosos que desafían la ley -discutible, al fin y al cabo- de la gravedad. Es la segunda de trece hermanos y descende de una próspera familia de granjeros originaria de Carolina del Norte.

Ambrose Jessup Tomlinson, que así se llama el mentado cuáquero, anhelando una iglesia que no tenga manchas ni arrugas, deja a un lado el alquímico proceso de los arándanos, recolectados pocos días antes a orillas de Morse Beach, y procede a meditar sobre las imponentes gracias de la Mary Jane, al principio muy despacio, luego ya con aceleración constante, obteniendo finalmente una serenidad beatífica y un súbito chorro blanquecino que añade, con tiento y disimulo, al destilado alcohólico en ciernes. Una visión le es dada: la gran gruta que conduce al centro de la Tierra, a la Jerusalén oculta y diamantina, se abre

¹ Que sucede de manera inesperada e inevitable y tiene consecuencias que no se pueden conocer o precisar, como se verá a continuación.

ante él, y por ella se introduce, cayendo en un sopor immaculado. Al despertar filtra cuidadosamente el licor rosáceo, rellena unos cuantos botellines, los etiqueta como Pink Spirit 1885, con tipografía gloucester bold, y los oculta en el sótano, en un viejo cajón de fruta.

Milton, el padre de Ambrose, un granjero convertido en empresario, nació en el condado de Guilford, North Carolina, de donde emigró a Springfield, Ohio, de donde tomó rumbo a Indiana, primero al condado de Wayne, de donde partió al de Morgan, de donde llegó finalmente a la bella Arcadia, en el condado de Hamilton, y ahí se estableció hasta su muerte, en 1899, a los setenta y nueve años, arruinado, tras haberse visto envuelto en un centenar de demandas por impago de impuestos, fabricación ilegal de alcohol, acoso, violación, agresiones, insultos, peleas y el homicidio involuntario de un representante del departamento del Tesoro. Había contraído matrimonio con Delilah Hiatt, hija de un prominente miembro del partido republicano, y obtuvo así muchos contactos que le ayudaron a introducirse en la industria de la serrería y en la construcción de puentes y carreteras. Ambrose es el único hijo varón de Milton y Delilah. Tuvo ocho hermanas, tres de las cuales murieron en la infancia, y una media hermana, llamada Abigail, del primer matrimonio de su padre. La primera esposa de Milton, Hannah, había muerto dando a luz a Abigail.

La casa familiar dispone de un porche delantero soportado por seis columnas de base cuadrada talladas con arabescos florales. El piso superior alberga unas cuantas habitaciones, cuyas ventanas se asoman a un jardín descuidado, con algunos álamos de tulipán y un viejo almez, y a una charca poblada de ranas cantarinas, que constituyen una pesadilla para Milton y un deleite espiritual para Abigail, que está medio sorda. A setenta pies de la casa, junto al granero, se erige la vivienda del servicio, de una sola planta, sin porche ni columnas ni ventanas. En ella viven Washington “Brown” Gordon y su esposa Betsy, con sus tres crías, Fielding, Matilda y Malcolm.

Washington es el más negro de todos. Tiene unos cuarenta años y una buena dentadura. Betsy, por el contrario, es una mulata flaca, fibrosa, adornada con cinco o seis dientes mal repartidos. A Fielding, el hijo mayor, le falta el ojo derecho a consecuencia de la paliza que le dieron unos alegres muchachos de Boxley durante una verbena, allá por el 82. Matilda siempre anda por ahí medio lela y obedece poco y mal. Malcolm es el muñequito de las hermanas de Ambrose. Lo disfrazan con harapos y le ponen pelucas hechas con cuerdas y cintas de colores, y a veces lo atan a un álamo, dejándole allí un par de horas, llorando y pegando berridos, sin comprender que tan solo se trata de un inocente juego infantil. Milton suele discutir con el negro Washington porque es díscolo y mal hablado, y a menudo se equivoca con los encargos o tarda más de lo previsto, y siempre alega excusas bastante idiotas. A Betsy, por el contrario, la trata con dulzura, y, cuando no está quitando el polvo, fregando el suelo, frotando la cubertería, cuidando de las niñas, atendiendo a los caprichos de Delilah, barriendo el porche, quitando mugre, sacando brillo, ordenando los armarios o haciendo la colada, es requerida por Milton en su despacho y allí le enseña doctrina y moral cristianas, entre súplicas, chantajes y manoseos.